



EL LIBRO



LOS PELELES, novela por Fernando Iscar-Peyra.

Un escritor de tanta juventud como talento, y cuya firma se estampa con frecuencia en esta sección de LA TRIBUNA, Fernando Iscar-Peyra ha publicado el segundo de sus libros; una novela recia, de hermoso estilo y vibrante fondo, merecedora del aplauso crítico y del genial prólogo de Unamuno, que para regocijo de nuestros lectores reproducimos a continuación.

Prólogo.

«La tragedia que constituye el argumento, el esqueleto podría decirse, de esta novela, surgió en el ánimo de su autor de la conciencia artística del ambiente, que se desarrolla ó este ambiente ha sido una expansión del argumento ó bien uno y otro, argumento y ambiente, han venido á conjugarse viniendo de distintas precedencias? Son problemas.

En los seres orgánicos vivos ni el esqueleto es condensación del resto del cuerpo ni este expansión de aquél, sino que ambos van diferenciándose, pero está más cerca de lo real el considerar al esqueleto como condensación del resto del cuerpo.

No sé de dónde ha sacado Fernando Iscar el argumento, el esqueleto, de esta novela; pero me consulto pensando que tampoco él lo sabrá. Un autor conoce tan poco el origen de un argumento como el nacimiento al de los sueños. Estos, los sueños, estallan en nosotros sin que sepamos cómo, de dónde ni por qué, son verdaderas explosiones psíquicas y representan la mayor libertad posible. La libertad, cuya ley es el azar, halla su mejor campo en el sueño. Nunca es un espíritu más libre que cuando sueña, porque es cuando más se emancipa de nuestros tres más ferros tiranos: el espacio, el tiempo y la lógica. Es en el sueño cuando más nos acercamos á la infinitud, á la eternidad y al todopoderío. El soñador no está atado ni por el aquí, ni por el ahora, ni por la consecuencia. Y, sin embargo, es cuando el hombre es menos libre. El sueño se le impone.

Pero hay el soñar despierto, la obra creadora artística el verdadero reino de la libertad.

Y bien, después de estas metafisiquerías, ¿de dónde ha salido Adolfo Menéndez? ¿Fernando Iscar, su padre artístico, su padre? ¿No acaso en algún respecto su hijo? ¿Lo sabe por ventura? No más que yo, no más que el mismo Adolfo Menéndez. Lo que sí sé es dónde ha nacido Adolfo Menéndez; ó mejor, dónde ha vivido.

Nació de donde naciere Adolfo Menéndez, y con él su tío y su novia y sus dos primas, ha vivido en esta Salamanca en que escribo, en esta Salamanca de la Plaza Mayor, incubadora de ensueños, de leyendas, de chismes y murmuraciones y también de tragedias, en esta Salamanca en que han vivido «Venturita» y la «Cubera» de que aquí se hace mención.

Conoci, aunque no más que de vista, á la «Cubera» en los que se diría sus buenos tiempos, hace ya veinticuatro años, cuando era hermosa yegua de lujo y un como esplendor de la ordinareiz. Y hubo su tragi-comedia. Cosa triste. No era «altiva» como dice Iscar—era tiesa, echada para atrás, lo cual es muy otra cosa. No era «diabla» tampoco. El diablo es un mal espíritu, pero es espíritu, y aquel mentón de carne viviente no tenía diablura alguna, porque carecía de espíritu. Algo muy trágico y muy simbólico de este terrible ambiente salmantino, que es el mismo que el de las novelas picarescas, un ambiente inespíritual. La «Cubera» comía, bebía, dormía y pecaba, y el pecado era en ella consecuencia del comer, beber y dormir.



4-186

Pecaba porque comía y para comer, porque bebía y para beber, porque dormía y para dormir. Ni otra inquietud alguna.

¿Y el pobre «Venturita»? En este pobre se juntaba, al comer, beber y dormir, lo casi único que el ambiente este le añade: la vanidad. La vanidad; pero una vanidad pueril y casi vegetativa; una vanidad que ahoga todo orgullo, es el apagado germen de espiritualidad que se observa en este terrible ambiente. La gente come, bebe, duerme, peca y se envanece.

¿De qué se envanece? De poder comer, beber, dormir y pecar. Se envanece de existir y no de hacer algo. Hay quien se envanece de no hacer nada. Y esa vanidad pueril, vegetativa, fundada no más que en existir, esa vanidad estéril que ahoga todo orgullo fecundo, lincha la Plaza Mayor. Y la Plaza Mayor, churri-guereca, es ya, de por sí, vanidosa. Hay que verla pavonearse al sol.

Y es claro, esa vanidad acaba en mendiguetz. La ciudad, como «Venturita», su hijo simbólico, envuelta en la manta, no ya blanca, sino parda, de su leyenda, una leyenda tejida de embusos—mendiga protección y atención, y se duerme en la cuneta de la historia y en los pájaros de la política. Rodeánla dehesas que la ciñen y oprimen y le matan su espíritu. Ella, en cambio, no ha irradiado ciudadanía al campo que la sustenta.

Y en este ambiente se desarrolla la tragedia del pobre Adolfo Menéndez, del pelele que va á suicidarse á una alquería de una dehesa. Y pasa la figura de D. José Luis, «insigne varón, honra del for» y de las letras patrias, que, gracias á su gran talento y á su firme voluntad, ha escalado un puesto preeminente entre las figuras de la España contemporánea, etcétera, etc., etc. Todos le conocen bien, incluso el «subvencionado artista», su biógrafo, y él también, D. José Luis, se conoce. Y como se conoce, no pasa de vanidoso y carece de orgullo. Y, naturalmente, llega, cuando le es preciso, á la mendiguetz. Porque el vanidoso es mendigo. «Venturita» mendiga perlas chicas; D. José Luis mendiga consideración social, honores, representaciones, títulos, acaso cruces.

Y en este ambiente se produce sor Remedios, la monjita teresiana, que no es sino hija de una sugestión... literaria. No es la fe, no es la esperanza, no es la caridad lo que le lleva á la hija de don José Luis y prima de Adolfo al claustro es el ambiente de piedras doradas por el sol, y es la leyenda. Es un capricho duradero, y nada más. Y en todo caso, si luego se arrepiente, ¿qué dirán si vuelve al mundo? ¿No, no! «Procura siempre acertarla—el honrado y principal—; pero si la acierta mal—, defenderla y no enmendarla», que dice la cuarteta de nuestro Guillén de Castro. Defenderá, pues, sin enmendarlo el mal acierto de su vocación. Y luego es cosa de eso que ahora llaman feminismo, y que debería llamarse masculinismo femenino. Porque el feminismo es cosa de hombres. Feminismo femenino es cosa tan absurda como españolismo de españoles.

Sor Remedios leyó á Santa Teresa, y quiñotiza, es decir, «teresiza». Toda la página 121 de esta novela, página primorosa, es algo así como un discurso de don Quijote cuando le soplaban la inspiración de los libros de caballerías. Todo eso que dice sor Remedios, lo ha leído, aunque luego se lo haya asimilado. ¿Y no hay en el fondo de ello su chispa de vanidad? ¿No está envaneceándose de sí misma, de su espiritualidad leída, ante su primo?



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.

Este, el primo, Adolfo Menéndez, es el más ál, el más hombre, el más real, el menos vanidoso.

Adolfo Menéndez es el único que aquí tiene orgullo, el único que hace. Y por eso se suicida. No se deja matar ni morir, se da muerte.

Tengo, pues, que protestar contra las últimas líneas de este relato: Adolfo Menéndez «quedó con los brazos colgando y con la cabeza caída» como un hombre, como un hombre muerto, sin duda, pero como un hombre, y no «como un muñeco de trapo, como un pelele». Los peleles son los otros, los que siguen viviendo.

¿Y la ciudad acabará por suicidarse en su Plaza Mayor, como una humanidad, como algo vivo y orgulloso, ó seguirá comiendo, bebiendo, durmiendo y pecando como la «Cubera», y además envane-ciéndose primero como «Venturita», para acabar mendigando siempre? Dicen que en tiempos, la última vez hace ya cerca de medio siglo, henchían esa plaza veces de rebelión y de protesta; dicen que la ciudad vivió durante la Gloriosa y que llegó á conocer el orgullo; cuentan historias, ya conmovedoras, ya regocijantes, de aquellos benditos tiempos, tiempos de tragedia, de comedia y de sainete. ¿Pero hoy...! Hoy la ciudad sesteá á la sombra de su augusta Universidad, Universidad cargada de canas y de arrugas, pero no de experiencia, vieja y pueril, Universidad que come, bebe, duerme y enseña. ¿Qué enseña? «Omnium scientiarum princeps Salmantica docet!» ¿Y qué? «El que quiera aprender, que vaya á Salamanca!» ¿Aprender qué?

Si es un Adolfo Menéndez, á aprender á suicidarse. Si es un D. José Luis en ciernes, á aprender á envanecerse de comer, beber, dormir y pecar. Pero pecar con su cuenta y razón y ordenadamente, como hombre grave y cuerdo.

Hace siglos que esta Salamanca, que según Cervantes enhechizaba la voluntad de volver á ella á cuantos de la apacibilidad de su vivienda hubieren gustado, le volvió loco al pobre Tomás Rodaja, luego Licenciado Vidriera. El pobre Rodaja no se suicidó, como Adolfo Menéndez; pero tuvo que emigrar de la Patria luego de curado de su locura. ¿No es recuerda alguna vez este Adolfo Menéndez, con su amor desenfrenado á la verdad y su odio á la gravedad hipócrita, á aquel pobre Licenciado Vidriera?

El ambiente de una y de otra novela es sustancialmente el mismo.

Aquí tienen, pues, los peleles, cuyo número es, como el de los tontos, infinito, un espejo en quo mirarse. Y que Dios les lleve al suicidio; ¡amén! Así se despedelizarán.

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 1 de Junio de 1916.»

